ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

MARINOS
EN TIERRA,

PIEZA

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JOSÉ SANZ PÉREZ.

CUARTA EDICIÓN.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878.

MARINOS EN TIERRA.

[3347]

MARINOS EN TIERRA

PIEZA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON JOSÉ SANZ PÉREZ.

Representada por primera vez con extraordinario aplauso en el Teatro de la ZAZUELA el día 3 de Noviembre de 1868.

CUARTA EDICIÓN.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, *principal*.

1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA CONSUELO, viuda.....	Srta. Castro.
JUANA, criada.....	Sra. Dardalla.
DON EDUARDO LEMOS, capitán de fragata.....	Sr. Zamora.
CURRO CORALITO, marinero.....	Sr. Mario.
EL BARÓN DE LA AZOFAIFA.....	Sr. Alisedo.

Nota. El papel de Juana pertenece á la *graciosa*, habiéndolo estrenado la primera actriz, Doña Cándida Dardalla, por deferencia al autor.

La escena en Madrid.

Esta obra es propiedad de D. Eduardo Hidalgo, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

860.82
Sp24
v.339

7-6-1

DEDICATORIA

REMOTE STORAGE

A MARIO

Saúz Pérez.

ACTO ÚNICO.

Habitación decentemente amueblada. Puerta al foro que supone dar á la antesala. Otra á la derecha que da al interior de la casa. Ventana de pecho á la izquierda. Un velador al costado, frente un confidente y dos butacas, además los adornos convenientes, entre los que figura sobre una chimenea dos candeleros de plata.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, quitando el polvo con un plumero.

JUANA. De tanto tragín estoy
que se me saltan los huesos.
¿Cuándo querrá Dios que deje
este maldito manejo?
¡Y cuándo querrá que rompa
estos malvados pucheros
y cazolones y ollas
y platos y otros insectos!
¡Ay, qué suerte tan maldita!
¡qué aborrecida la tengo!
¿Podrá ser éste un castigo
que me ha reparado el cielo?
Todas suelen tener novios

malos, medianos ó buenos,
ya soldados, ya seglares,
altos, chicos, blancos, negros,
un bulto con quien casarse,
pues, un bagaje casero
en quien adiestrar las unas,
cuando soplen malos vientos,
y me traiga la puchera
y pañolones con flecos.
Uno solo en Cartagena
cuando fuímos con don Pedro
el inspector á los baños,
asentadita en un cerro
de la playa con los niños,
encontré una noche, pero...
no le hablé más que seis horas
que como instantes corrieron.
¡Ay! lo vide con la luna
y me pareció un lucero.
¡Vaya un tunante! me dijo
unas cosas, que mi cuerpo
se llenó de jormiguillas
desde los piés hasta el pelo.
Era andaluz y la cruz
le hice, pues como provecho
de él no podía sacar,
porque era marinero,
se fué dejándome llena
de brea el muy mostrenco
el traje de los chiquillos
y mis brazos y el pañuelo;
en mi vida he visto un hombre
con más cola; mas dejemos
esos recuerdos, que ponen
largos los dientes, pensemos
en tener juicio y paciencia
y al menos ganaré el cielo.

ESCENA II.

DICHA y EDUARDO, que aparece conducido hasta la puerta foro por el criado. Entra con la gorra puesta, al verlo JUANA esconde el plumero á la espalda dándose tono de señora. D. Eduardo que conoce la pretensión, se quita la gorra y haciendo un fino saludo, dice:

EDUAR. Señora... á los piés de usted.
JUANA. (Con rufianería.)
Un poco más alto.
EDUAR. Bueno...
¿Me dirá usted si le place
y me dispensa ese obsequio,
á quién tengo el gusto de...
JUANA. Soy el ama de gobierno, (Con amargura.)
cocinera, planchadora,
y doncella al mismo tiempo.
EDUAR. De nada, ni aun de lo último
que poner objeción tengo.
JUANA. (Con enfado y rufiana.)
Pus no que no, no faltaba
otra cosa, caballero.
EDUAR. No se enfade usted, señora,
mi ánimo al decir eso
no tuvo gota de ofensa.
JUANA. Pos para mí fué aguacero.
EDUAR. Pues abra usted su paraguas
y cúbrase, que entra viento,
y vamos á mi negocio.
Soy don Eduardo Lemos,
marino, hijo de Cádiz,
de donde ahora mismo llego
á presentarme desnudo...
JUANA. (Mirándole con atención.)
¡Ay! ¿desnudo, como es eso?
EDUAR. ¡Quiero decir, sin cuidarme
de atavíos ni embelecos,
con el traje de camino!
¿Y sabe usté á lo que vengo?
á cumplir fiel un encargo

que con interés me hicieron.

JUANA. ¿Trae usted quizá una visita?

EDUAR. No señora, tres lo menos,
suponiendo de que aquí vivía
la viuda de Quintero.

JUANA. Sí señor, esta es su casa,
pero ha salido á paseo.

EDUAR. ¿Tardará mucho en volver?

JUANA. Eso no lo sé, hasta luego.

EDUAR. Es decir, después que vuelva.

JUANA. Pos cabales.

EDUAR. Pos comprendo.
Pos entonces me decido
á esperarla aquí, me siento.
¿No le parece á usted bien?

JUANA. Á mí qué se me da de ello;
pero tengo mis quehaceres...
y vamos, como mi empleo
es de cuidar de la casa,
porque al fin no conociendo
á las personas que vienen
ahí volanderas, y aluego...
hay tanto pillo, y después
hay aquí dos candeleros
de plata y...

EDUAR. ¡Já, já!
Te comprendo, cancerbero,
descuida, ningún ladrón
se lleva nada durmiendo,
voy á descansar un rato.

JUANA. Pos mi señora lo menos
no vuelve ya hasta mañana.

EDUAR. No me importa, esto está bueno,
aquí pasaré la noche
gozando tranquilo sueño.
(Se desabrocha la levita y chaleco.)
Me desabrocho, acomodo,
(Lo hace en una butaca.)
y dispensa si me duermo.
Yo... no ronco, y si roncase,
hazte cargo que el puchero
hierve, y estamos en patas.

JUANA. Ronque usted como un becerro,
que no me asustan ronquidos,
como no me asustan truenos.
(Pero estoy comprometida
con el tío posma, si el nécio
del Barón viene y lo vé...
que es más celoso que un negro.)

EDUAR. (Mal acomodado.)
¿Dígame usted, y en Madrid,
cuando hay que matar el tiempo,
qué hacen ustedes?

JUANA. (Siempre rufiana.) ¿Aquí?
Se reza un poco á los muertos,
y á los soldados de plomo;
¿ha entendido usted?

EDUAR. Entiendo.
¿Y usté es de esta tierra?

JUANA. ¿Yo?
De la calle de Toledo,
allí nací, á mucha honra,
y nunca mi pátria niego,
y er día de las castañas,
cuando se armó aquel meneo,
hice en una barricada
con un retaco, más fuego
que tiene el sol en su arma
y en sus fraguas el infierno.
(Limpiándose las lágrimas.)
Allí el pobre de mi padre
de un balazo quedó muerto.

EDUAR. ¡Pobrecilla! ¡pobrecita!
¡hé ahí la imagen del pueblo;
lágrimas vertiendo y sangre
y dolores y tormentos
para darle á los malvados
que en la rapiña vivieron
con su paciencia la sombra,
con su sangre sacro riego!
(Al concluir pasa por su lado Juana con los dos candeleros de plata, uno en cada mano, que habrá cogido de la chimenea.)
¿Cómo te llamas, doncella?

JUANA. ¿Pá qué quiere usted saberlo?
EDUAR. Porque me has interesado
con tu relato sincero.
¿Eres liberala?
JUANA. (Dejando en el suelo los candeleros con cuidado y poniéndose en jarras.)
¿Yo?
más liberala que Riego.
Como semos, la verdá,
toditos los madrileños.
¿Y usté es liberal?
EDUAR. También.
Soy de Cádiz...
JUANA. (Con entusiasmo.) Más no hablemos,
que en diciendo Cádiz es,
decir libertad al pelo.
EDUAR. ¡Gracias! Sí, tienes razón,
Cádiz, mi pátria, es modelo
de pueblos libres, sagrario
de ese bien que nos da el cielo,
que conserva puro, oculto
y adorado, cuando el hierro
de la infame tiranía
cadenas da á nuestro cuello;
pero aunque esos hierros viles
mortifiquen nuestro cuerpo,
la libertad se adormece,
pura como niño tierno,
creciendo en la noble cuna
que en el corazón le hacemos.
Que la libertad es, niña,
puro rocío del cielo.
Es sol divino que al hombre
le da sagrados derechos,
azote providencial
de los tiranos perversos.
JUANA. Pos viva la libertá,
que vivan los hombres buenos,
viva Madrid, viva Cádiz
y la marina...
EDUAR. Y el pueblo
y el ejército,

JUANA. Cabales.
(Cogiendo entusiasmada los candeleros y volviendo á ponerlos en su tilio.)
Ahí quedan los candeleros,
que un liberal no es ladrón.
Ápriete esa mano.
EDUAR. Aprieto.
JUANA. Duerma usté, que está velando
por usté, Juana Conejo.
(Al ir á marcharse aparece por la puerta el Barón.)

ESCENA III.

DICHOS y el BARÓN.

BARON. ¿No ha venido tu señora?
JUANA. Aún se halla de paseo.
(Ahora se arma la jaqueca
con relámpagos y truenos.)
BARON. (Reparando en don Eduardo, que al verle entrar se ha fingido dormido. Se acerca á éste y se retira receloso.)
¿Dime, quién es aquél hombre?
JUANA. ¿Aquél hombre? un caballero.
BARON. ¿Y por qué se ha permitido
la libertad ese nécio
de venir aquí á dormir?
Anda, vé, corre, despiértalo.
¿Y cómo ha entrado hasta aquí?
¿de qué sirves tú?
JUANA. ¡De aquello!
BARON. ¿Qué es de aquello?
JUANA. Ó de lo otro...
BARON. (Fuera de sí.) ¿Me vas á freir los sesos?
¿Para qué viene? ¿Qué trae?
¿Qué se le ofrece?
JUANA. Yo creo
de que trae una visita
de Cádiz, de allá de un pueblo.
BARON. Sí; ya sé dónde está Cádiz.
Andalucito tenemos.

Pues bien; cógelo de un brazo,
que vaya á tomar el fresco.
(Arreglándose la corbata en el espejo. Eduardo lo ha mirado al soslayo, queriendo fingir que está dormido; hace señas á Juana que se acerca, y dice.

EDUAR. ¿Qué pito toca este hombre
en esta casa?

JUANA. Mareo:
pretende á la señorita,
y ella ni agua.

EDUAR. (Volviendo á fingir el sueño.) Me alegro.

BARON. ¡Aún continúa! te he dicho
que lo despaches ligero.

JUANA. ¿Yo? Cualquier día.

BARON. Obedece.

JUANA. ¿Quién lo manda, usted? no quiero.

BARON. Atrevida.

JUANA. Vaya usted,
¿qué, quizás le da á usted miedo?
¿quiere usted que le acompañe
ó hago subir un sereno?

BARON. (Tocando con delicadeza en el hombro de Eduardo.)
Señor mío, señor mío;
despierte usted, caballero,
que va á venir la señora
y no me parece cuerdo
que le vea durmiendo así.

EDUAR. (Mirándose todo con admiración fingida.)
¿Cómo así? ¿pues cómo duermo?
(Riendo con socarronería.)
¿Lo hace usted de otra manera?
¿hecho una rosca, á lo perro?
¿con el pico bajo el ala
como duermen los jilgueros?
Ó...

BARON. Señor, usted me insulta.

EDUAR. No, señor; nada de eso;
sino que usted me despierta,
abro los ojos, lo veo,
me hace usted gracia, me río,
me dice usted de que duermo
de mala manera, y yo,

que de maneras me precio,
le pregunto; usted se ofusca,
me pone iracundo ceño...
y... aquí concluye el sainete,
perdonad sus muchos yerros.
Buenas noches. (Acomodándose en la butaca.)

BARON. (Furioso, sacando apresuradamente la cartera, buscando una tarjeta, que entrega á Eduardo.)
Esa burla,
¿sabe usted, si es caballero,
cómo se castiga? así. (Entregándole la tarjeta.)
¿Ha entendido usté?

EDUAR. (Con calma.) ¿Y qué es esto?
¡Ah! ¡ya caigo, una tarjeta!
¡muy bonita! dos muñecos;
un moro hecho una tortilla;
tres calderas y dos perros;
un casco muy mal pintado;
parece un melón de invierno
de los socatos, cabal.
Bien, muy bien; don Luis Camueso;
Barón de las azofaifas.
Treinta y dos, calle del Negro.
Bien ¿y qué?

BARON. ¿No entiende usted?
que me satisfaga.

EDUAR. Bueno.
¿No lo he satisfecho ya?
No sea usted majadero;
déjeme dormir en paz;
cánteme la nana, y luego
que haya descansado y visto
á la Encantada Consuelo,
le daré á usté una estocada,
ó un balazo, ó un...

BARON. Caballero...
váyase usted de esta casa.

EDUAR. ¿Es usted quizás el dueño?
¿manda en ella por ventura?

BARON. Si no mando, poco menos;
con la dama que la habita
me unen lazos muy estrechos,

y deberá ser mi esposa
dentro de muy poco tiempo.
¿Me he explicado lo bastante?

EDUAR. Sí, señor; y ahora comprendo
que alega una autoridad
y supone unos derechos,
que si he de hablar con franqueza,
no infunden ningún respeto.
Hay más; no siendo aún el amo,
puede que no llegue á serlo;
todo cabe en lo posible.

BARON. ¿Pondrá usted impedimento?

EDUAR. Hombre, así absolutamente,
asegurarlo no puedo;
pero tal pudiera ser
de tal asunto los sesgos,
que Consuelo se casara
quedándose usted soltero.

BARON. Ese insulto no le admito,
y á ser usted caballero,
le hubiera puesto mi mano
ya en la cara.

EDUAR. Está usted lejos;
acérquese, y por la borda
(Señalando á la ventana.)
va á volar como un muñeco.

BARON. (Colérico, pero precavido.)
¿Á mí, á mí?

EDUAR. Á usted, á usted.

BARON. ¿Que esto sufra? ¡vive el cielo!

ESCENA IV.

DICHOS y CONSUELO.

CONS. ¿Qué voces? ¿qué ha sucedido?

JUANA. La señora.

BARON. Bien.

EDUAR. (¡Consuelo!)
Señora, á los piés de usted.

CONS. ¡Eduardo! ¡cuánto tiempo!
(Estrechándole ambas manos con alegría y cariño.)

Sin verle y sin sus noticias.

EDUAR. Una eternidad.

BARON. (Sobresaltado.) (¿Qué es esto?)
¿Conoce usted al señor?

CONS. (Presentándole la mano.)
Es don Eduardo Lemos,
acreditado marino,
oficial de gran concepto.
El barón de la Azofáifa,
señor don Luis Canseco,
un amigo á quien distingo
y que merece mi aprecio.

BARON. Servidor.

EDUAR. Ya tengo el gusto...

BARON. Muchas gracias.

EDUAR. Agradezco.

CONS. ¿Fué ilusión, ú oí al entrar
que hablaban un poco recio?

EDUAR. Fué una ligera cuestión
de mar; este caballero
me negaba que los buques
hicieran tiros certeros
entre el vaivén de las olas...
que perdido el centro bélico...
en fin, y yo deseaba
de buena fé convencerlo.

CONS. (Con mofa.)
¿Y usted qué motivos tiene...
para apreciar ciertos hechos?

BARON. Si yo no apreciaba nada...
sino que usted toma en serio
la historia que el señor cuenta.

EDUAR. Esa historia, caballero,
por ser una gran verdad
sepa usted que la sostengo.
Pero ahora no es del caso
de entretenernos en eso.
Lo que importa es realizar
los encargos que me hicieron.
Llegué de Cádiz, señora,
hace muy pocos momentos,
y cumpliendo lo ofrecido

apenas tomado suelo,
he venido á ver á usted,
con mucho gusto por cierto,
á hacerle triple visita
de doña Juana de Pedro,
de su hermana doña Elisa
y de su prima Loreto.

CONS. ¿Como están?

EDUAR. Lindas, muy lindas,
flores del vergel del Cielo,
mas no tanto que compitan
con su parienta Consuelo.

CONS. Mil gracias...

EDUAR. No hay de que darlas.
Que diga este caballero
si tengo razón ó no.

BARON. Yo sí... la...

EDUAR. Re... mi... ¿no es cierto?

CONS. ¿Y la Isabel de Baldón,
sigue tan loca?

EDUAR. Le dieron
unas calabazas fieras
la marina y el ejército;
á un oficial de la armada
le hablaba y al mismo tiempo
á un jefe de infantería:
cuando estos conocieron
la perfidia, la mandaron...

CONS. Es natural, á paseo,
eso se estaba esperando,
era muy coqueta, luego
muy loca, muy gastadora,
téngala Dios en su reino.
(Tendiéndole la mano.)
¿Y á que debemos la dicha
inexplicable de vernos?

EDUAR. ¿Lo ha olvidado usted quizás?
(Bajo.) ¿No recuerda un juramento?

CONS. Como después me casé...
(El Barón se va acercando á escuchar, viendo que hablan bajo.)
cumpliendo fiel mi precepto,

y enviudé, y la verdad,
de mi hermosura fuí viendo
caer las hojas más bellas...

BARON. (Se enamoran... ¡Vive el cielo
que he de vengarme!)
(Corriendo desesperado á coger el sombrero, tropezando con Juana.)

JUANA. Señor...
¡ay, Jesús! ¿está usté memo!

BARON. Lo que estoy desesperado...
á los piés de usted, Consuelo.

CONS. ¿Se va usted, Barón?

BARON. Sí, sí.

CONS. Pero volverá...

BARON. Hasta luego.

JUANA. (¡Ay, señora, cómo va! (Al oído de Consuelo.)
es un tiguere.

EDUAR. Me alegro;
acompáñalo á la puerta
no vaya á comerse al perro.)

ESCENA V.

CONSUELO y EDUARDO.

CONS. ¡He sido tan desgraciada!
¡Sufrí tantos contratiempos
en mi anterior matrimonio,
tantas penas, tantos duelos!
que he quedado satisfecha;
y á no ser que borre el tiempo
los recuerdos que palpitan
de horrible luto en mi pecho,
es difícil me decida
á abrir á otro amor mi seno.

EDUAR. No esperaba esa respuesta,
francamente, lo confieso.
Usted sabe que mi vida
la he consagrado en su obsequio,
que viendo los imposibles
de nuestro amoroso empeño
pedí mandar un bajel

para rodar por el piélago
del mar inhospitalario,
de ese mundo bravo inmenso,
para tratar de librarme
de ese cariño funesto,
ó de encontrar en las olas
asilo de olvido eterno.
Mas no fué así, no señora;
entre el huracán soberbio;
entre los rugidos roncos
de los espantosos truenos,
y en la luz de los relámpagos
del cielo temibles fuegos,
sus dulces ecos oía,
vía su imágen, Consuelo.

CONS. Esa conducta, Eduardo,
digna de mejor empleo,
se la aprecio tanto más
cuanto que no la merezco.

EDUAR. En cambio se me asegura
que es asunto ya resuelto
su boda con el Barón.

CONS. ¿Entre Eduardo y un nécio
me supone usted capaz
de dudar? ¡Válgame el cielo!
el Barón es un amigo,
y como amigo le aprecio;
pero si él se ha formado
una ilusión, que no entiendo,
de ser dueño de mi mano,
de su error hallará el premio.

EDUAR. Murieron mis esperanzas.

CONS. Al gabinete pasemos
si usted quiere...

EDUAR. ¡Quién diría!

CONS. (Pobrecillo.) Allá veremos.

(Eduardo se alegra á las últimas frases de Consuelo, la da la mano y entran al gabinete.)

ESCENA VI.

JUANA, saliendo por la puerta de la derecha distraída y riendo. CURRO, por el foro, con paso precipitado y marcial, quitándose la gorra.

CURRO. ¿Es aquí donde me aspera
er capitán?
JUANA. (Asustándose, pasando la transición de risa á susto.)
¡Ay!
CURRO. ¡Salero!
¡Se vasté á asustarse ahora
delante de un moso güeno?
JUANA. ¿Quién es usted?
CURRO. Lo diré
en cuanto suerte los remos,
que ma queao ar guiparla
con las calderas ardiendo,
y... ¿usté vive en esta casa?
JUANA. Yo sí, ¿no lo estasté viendo?
CURRO. ¿Y usted me podrá el decirme
si pára aquí un cabayero
que es capitán de fragata,
más marino que San Termo,
con las patillas de órdago
á la grande... mu moreno,
más que la Virgen de Regla,
madre de los marineros?
Bien plantao, con más arma
que un juracán.
JUANA. No comprendo
nada de lo que me dice.
CURRO. Po misté, yo no hablo en griego;
pregunto si er comendante
á echao ancla en este puerto.
JUANA. ¿Cómo se llama ese hombre?
CURRO. Es don...
JUANA. Eduardo Lemos,
¿uno que es muy liberal?
CURRO. (Acercándose á Juana, mirándola con curiosidad de arriba á bajo; aquélla se va retirando.)

pero... ¿qué estoy yo mirando?
que me coman los cangrejos
los ojos, si no la he visto
yo asté cuando era pequeño
ahora diez meses... ¿Usted fué
allá por el demiferio
á la má de Cartagena
á remojarse er talego
de los pecaos mortales
arguna vez?...

JUANA. Es muy cierto.

CURRO. Por causalía se yama
usté Juanita Conejo?

JUANA. Para servirlo.

CURRO. Mir gracias,
que tanto no me merezco.
¿Y no jase usté inventario
de esta humaniá, salero?
(Movimiento negativo de Juana.)
Po é una guasa, señá Juana.
Yo me llamo Curro Crespo,
por mal nombre Coralito,
naturá de Cádi mesmo,
¿Usté nunca ha estao en Cái?
(Negación de Juana.)
Po no ha visto usté lo güeno;
po en esa tierra he nasío,
en la plasa é er Mentiero,
¿aónde está una mujer
que frie tortiyas? güeno,
la puerta de más abajo;
paese que la estoy viendo.

JUANA. ¿Dijo usté que en Cartagena
nos vimos?

CURRO. Justo.

JUANA. (Te veo:
este es él, sus mismos ojos;
no hay duda, su mismo cuerpo.)
Y fué de noche. (Muy satisfecha y risueña.)

CURRO. Cabales;
no había de sor ni esto.

JUANA. Miste qué Dios; ya se ve,

si era de noche.

CURRO. Por eso.

JUANA. ¿Se acuerda usted? So tunante.
(Fingiendo rubor.)

CURRO. ¡Qué noche de macareo!
¡Er viento estaba cayao!
entre las vergas durmiendo,
pegando esos suspiritos
que arruyan al marinero;
la resaca é la marea
también nos daba su aliento,
y los chivebes dormían
con los piquitos cubiertos;
la mar de venía de afuera;
la luna alumbraba er cielo;
las oliya eran de plata...
y usté de oro, salero.

JUANA. Señó Coral, no me eche
más gargantillas al cuello,
que si aprieta usted me ahoga
con tanto lujo y mareo.
Vava, vaya, que traspaso.

CURRO. Me vasté ya conociendo. (Cogiéndole la mano.)

JUANA. Sí señó; está usted más fuerte
y tan guapo y tan moreno.

CURRO. Como no gasto sombrilla
y siempre al sereno duermo...
no es extraño.

JUANA. Y diga usted.
¿Se mantiene usted soltero?

CURRO. Abordo naide se casa.
¡Como jase tanto viento!!!
y aluego después la bula
de carne cuesta dinero,
y en los baicos nacionales
anda toito mu reuto.
Se ajustan cuentas mu sátiras,
tóo está montao ar pelo,
y no puede un hombre líquido
yevá allí boca é cangrejo.
¿Y usté se casó?

JUANA. ¿Yo? ¡Quiá!

está perdío el comercio.
Si ya no se encuentra un hombre
que se case pa un remedio.

CURRO. ¡Vaya por Dió!

JUANA. Ya ve usté,
me mantengo aquí sirviendo,
y más ganas se me pasan
de irme por esos cerros...
que si pudiera explicarme...

CURRO. Me jago cargo, lo creo.
Pero... desplíquese usté,
jágaste rumbo direuto;
yo mandaré la falúa
de la Sanía, y si veo
que viene la cosa buena,
le daré entrada en el puerto.
Aluego, en tomando tierra
alli nos entenderemos.
Yo cogeré la arsoluta,
compraré un bote velero,
y nos iremos juntitos
á tóo trapo mar adentro,
á comernos uno á otro
como los lobos del cuento,
y en queándonos los rabos
hemos cumprío y pas teco.

JUANA. Si á mí no me quiere nadie.
Como que no tengo mérito.

CURRO. ¿Se vaste á quear conmigo?

JUANA. ¿Yo qué vargo?

CURRO. Oigasté, cielo.
Es usté una fregatita
mu graciosa, mu bonita,
que en laigándola la ropa,
no hay mar, ni de agua bendita,
que le haga jundir la popa.
¡Qué salerosa! ¡Qué linda!
¡Valiente casco, qué guinda,
qué pintaita, qué nueva!
La verdá; no hay mar de leva
que á esa quilla no se rinda.
En medio de un juracan,

de esas tormentas que tienen
po ajogarnos tanto afán
entre las olas que vienen
y entre las olas que van,
quisiera encontrarla á usté,
fregatita maravilla,
y la mar quisiera sé
pá negarla ¡po un divé!
de la quiya á la periya;
y la yevasté al fondo,
estasté á lo más jondo,
que diera lástima verla;
más saldría; yo respondo,
si no fragata hecha perla.

JUANA. ¡Valiente nene!

CURRO. ¿Everiya?...

JUANA. (Haciendo señas que calle.)
Oigo pasos por la sala,
alguien viene.

CURRO. Po chiquiya
echa á la má la potala
y acurrúcate en la tiya.

ESCENA VII.

DICHOS y CONSUELO.

CONS. Juana, que dispongan cena,

JUANA. ¿Se queda ese caballero
á dormir?

CURRO. Chica... ¿qué dices?
Á cenar tan sólo.

JUANA. Bueno.

CONS. Que no me escasees nada.

JUANA. Descuide usted.

CURRO. (Que desde que entró observa con curiosidad á Consuelo hasta ponerse al lado, y dice viéndola bien:)
¡Güen pellejo!
en quitándole er brindaje
á este baico, de allí ar cielo.

CONS. ¿Qué es eso?
(Al oir las últimas palabras del Curro sorprendida.)

JUANA. Nada, señora,
este es un marinero...
que buscaba al comandante.
CONS. El comandante está dentro,
¿quiere usted decirle algo?
¿necesitaba usted verlo?
CURRO. (Gorra en mano, volviéndosela á poner.)
Me dijo de que arribara
á estas playas, y cumpliendo
la consinia obliguitoria,
puse aquí la proba; pero...
á mí náa se me ofrece,
tengo tabaco y dinero,
la bodega abarrotá,
y tós los argibes llenos:
luego estoy entretenío
con este enchimán velero,
yo pescando el currican
y eya á la potera ..
CONS. (Consuelo que lo ha estado mirando con atención y benevolencia.)
¡Cielos!
¡qué lenguaje usa este hombre!
usté es andaluz, lo creo
(Signo afirmativo de Curro.)
se le conoce en la cara.
(Al ver á Curro que la contempla embobado.)
¿Pero hombre, qué está usted viendo?
CURRO. De que es usté más bonita
que un fueguecillo é San Termo,
y más jermosa que el sol
que después de corré un tiempo
se asoma por entre las nubes
llenando la mar de fuego.
JUANA. (Celosa.) Mire usté que es la señora
á quien habla.
(Movimiento de sorpresa en él.)
CONS. (Con sonrisa afectuosa.)
Chica, déjalo.
CURRO. Perdone usté, señorita
si he dío metío en viento,
y he dao, vamo, un borcaso

que me he anegao hasta el pelo,
pos como semos tan frígiles
los hombres, y después y aluego
cuando venimos á tierra
nosotros los marineros
(Con intención.)
mos parece tan jermoso
(Movimiento satisfatorio de Consuelo, comprendiendo la galantería.)
lo que es... como no vemos
en mucho tiempo en la má
mas jembra que los recuerdos
de nuestras madres y hermanas,
ó fatigada en los vientos
arguna probe gaviota
nos gorvemos locos, menos
cuando encontramos estrellas
de gracia y de carne y hueso,
pero misté las fragatas
siempre le dan parlamento
y ayuda á los barcos chicos.
¿Se ha enfadado usté?

CONS. (Con cariño.) No.

CURRO. Güeno.
Perdone usté si ha ofendido
á un barco de cien morteros
una cachucha infeliz
que va con rumbos abiertos.

CONS. No se apure usted.

JUANA. No, no,
mi señorita Consuelo,
no...

CURRO. (Admirado.) Señora, ¿usté se llama
ese nombre? ¡Cabayiero!
¡Consuelo! pó si á ese santo
lo he oío yo entre los truenos
de la mar; entre el ruío
que los anises de yerro
hacían cuando ar Cayao
le dábamos nuestro afeuto
con sambombasos de órdago.

CONS. ¿Allí estuvo usted? ¿es cierto?

CURRO. ¿De la cinta de mi gorra
leasté, señora, er letrero?
CONS. ¡*La Blanca*! la que mandaba...
CURRO. (Quitándose la gorra y volviéndosela á poner.)
Sí, señora; er mesmo, er mesmo.
Pos bien; su nombre de usté
le he visto escrito en los remos,
en los cañone, en la borda
y en la vitácora; pero
si usté ha día con nosotros
roando por los elimentos,
corgáa en el camarote
de mi amo como un espejo.
¡Si no conosco otra cosa
que asté!
CONS. ¿Y diga usted? ¡Cielo!
CURRO. ¿Usté es novia de mi amo?
sin guasa ni macareo,
sin andá de güerta y güerta
como se anda en un freus.
CONS. ¿No sé... más lo que usted dice
es verdad?
CURRO. (Con gravedad.) Yo nunca miento;
soy andalú.
CONS. (Descreída y triste.) ¡Ah!
CURRO. (Cruzando las manos.) Señora,
de mí no haga mar conceuto:
por este puñao de cruces
que estoy apretando y beso, (Haciéndolo.)
y la salú de mi madre,
que es lo que en el mundo quiero,
que es la pura.
CONS. (Fuera de sí.) ¡Si eso fuera!
Perdone usted un momento.
(Entra en el gabinete apresurada, y vuelve cuando el diálogo lo marca.)
JUANA. (Celosa.) Es usté mú enamorao...
CURRO. ¡Se vaste á pique, salero!
¿vaste á darme ahora bombeta...
pueo yo queré en er conseuto
de mandá un buque blidao
con los cayos de los remos?

JUANA. Como usted se defigura
que toito el monte es orégano.
CURRO. Otavía soy yo chico...
CONS. Entretenido lo dejo
con los periódicos... ¡Ah! (Á CURRO.)
decíamos...
CURRO. No me acuerdo.
CONS. ¿Su capitán de usted ama
con su alma á esa Consuelo?
CURRO. Sí, señora; como ama
la bonanza er marinero;
como ama er paje el agua;
cuar quiere la vela el viento,
y como un náufrago adora
entre una borrasca un puerto.
CONS. ¿Y le oyó usté hablar de mí?
(Asomándose Lemos tras el portier.)
CURRO. ¡Ay, señora, qué mareo!
¿no le dicho asté que sí?
¿quié usté que escriba letreros
con carbón por las paderes,
que digan?...
CONS. Perdona...
CURRO. Eso
no me lo digasté á mí;
pero yo decirle debo
que ese hombre que la quiere
es un hombre de lo güeno;
algunas veces se enfáa
conmigo, se pone sério,
y si lo miro me enseña
una jeta como un negro,
me laiga un empujoncillo,
me jago yo er triste, y luego
me da dos ó tres pristinas
paque le traiga vegueros;
se los traigo, los registra,
murmura que no son güenos
y me los tira á las manos,
diciendo: «no fumo eso,»
fúmatelos tú, tunante.
Y me agacho y lo enciendo

y me voy á la alamea
yenando é jumo er pasedo.

CONS. Con que tiene mal carácter.

CURRO. Cá, no señora, muy güeno,
es más jermoso que er sol
y más suave que er sebo,
más trasparente que el agua,
con un corazón más tierno
que la espumilla que vuelan
cuando hace la mar plumeros.
Á su lao nunca hay probes;
es el ánge der consuelo,
es más durce que las mieles
de las abejas...

CONS. Te creo.

CURRO. ¿Po no me ha creer usté?
Oigasté: los que nos vemos
expuestos entre los peligros
de las mares y der cielo,
con una Vírgen der Cármen
clavaita en nuestro pecho,
la que nos dió nuestra madre
al salir al elemento,
rompiendo la mar bravía
y deshaciéndose el cielo,
vemos á Dios en las nubes,
en los tumbos verdinegros
de la má: entre el espanto
del huracán más tremendo.
Y lo sentimos, que viene
ese Dios entre los negros
celajes de la tormenta,
en medio de nuestro miedo
á decirnos al oído...
«Yo salvo siempre á los güenos.»
Sí, los marinos, señora,
hablan con Dios, toitos semos
si no santitos de cera,
hombres puros, hombres reutos.
Quierasté á mi comendante,
no le dé usté malos vientos;
ábrale usté la bahía,

déjelo usté colá entro,
y vasté á dí viento en popa,
jasta que le dé el gran sueño.

CONS. ¿Qué sueño?

CURRO. Aquel que la muerte
nos da á tóos para remedio.

CONS. Gracias...
(Haciendo un saludo á Curro y alargándole la mano.)

CURRO. Vayasté con Dió.

EDUAR. (Que se ha asomado tras el portier y ha oído el diálogo.)
¡Cómo me quiere y le quiero!
Pobrecillo, pobrecillo.

CURRO. ¿Qué me dasté aquí? ¿qué es esto?

CONS. Tome y compre unos tabacos.

CURRO. Pero señora...

CONS. Silencio.
(Vase haciéndolo cortesía amable.)

ESCENA VIII.

CURRO, JUANA, luego el BARÓN.

CURRO. Oye, mira, cinco duros.
(Mostrándoselos á Juana.)
¿Vamo á gastarlo al momento?
lo gastamo en blanduriya,
en piñones, en caramelos;
¿quieres tú un niño yorón?
¿quié que te compre un sombrero
con unas cintas que digan,
viva mi novio y mi cuerpo?

BARON. Dime, chica, ¿y la señora? (Precipitado.)

JUANA. Allí está.

BARON. ¿Y aquel sujeto
que tuvo la avilantez...

JUANA. Con la señora allá dentro.

BARON. ¿Allí?

CURRO. ¡Valiente agua mala!
paese un rescasío en lo feo.

BARON. ¿Quién es este mameluco?

CURRO. ¿Qué dijo ese cabayero?

JUANA. Mamiluco.
CURRO. ¿Mamiluco?
¡pos ese bicho no creo
que sea de la mar salá!
BARON. (Después de asomarse por el portier del gabinete.)
¡Gran Dios! en coloquio tierno
están. Vaya que esta casa
será un arsenal completo
bien pronto... ¡ah! las mujeres
se envilecen como negros.
¡Pero qué miro! ¿este bruto
se permite estar cubierto
delante de mí? Muchacho,
echa esa gorrilla al suelo.
CURRO. ¿Qué me quite la gorreta?
BARON. Ahora mismo.
CURRO. Pos no pueo,
porque es prenda de uniforme
y debe estar en su puesto.
BARON. Pareces desvergonzado.
CURRO. Sí, lo soy de cuerpo entero.
BARON. ¿Y jamás un puntapié
te arrimaron, villanuelo?
CURRO. ¡Nunca, paese mentira!
¿no es verdad? pos es mu cierto,
y ar que tuviera ese antojo,
aunque fuera pa un remedio
que se lo hubiera mandao
para curarse algún médico,
se iba á quear con la pata
más tiesa que un mastelero.
BARON. ¿Así te ríes y burlas,
(Paseando furioso y distraído, asomándose á la puerta del gabinete.)
infame, de un caballero?
CURRO. No eche usté la escandalosa,
no flamee usté los lienzos...
BARON. Ah, chica, toma esta esquela;
y dala al señor de Lemos.

ESCENA IX.

BARÓN y CURRO.

BARON. Yo deliro... yo estoy loco.
(Andando apresurado á grandes trancos.)
CURRO. ¡Já, já, já!
(Viendo y reprimiéndose al encontrarse con su mirada.)
BARON. ¿Te mueven risas
mis dolores? Te haré trizas.
(Acometiéndole.)
CURRO. Alto, señó, poco á poco.
No me toque su mercé
que mi cuerpo está sangrao;
(Levantándose un doblez de la camiseta y onseñándole la cruz del Callao.)
BARON. ¡Una cruz!
CURRO. (Descubriéndose y volviendo á cubrirse.)
La der Callao...
conque así... cáyese usté.
BARON. ¡Una cruz! en cualquier pecho
hoy se pone, como si algo
valiera no siendo hidalgo;
¿qué es un timbre sin derecho?
Pobre cruz en seno nécio
enclavada.
CURRO. Hable usté fuerte
que lo oiga.
BARON. Bruto.
CURRO. ¡De suerte
que me insulta!
BARON. Te desprecio
CURRO. ¿Despreciarme á mí? ¿Y por qué?
¿Porque soy probe, señó?
¿Y porque no yevo yo
un futraque como usté?
Po esta camiseta ya
fue de las balas palangre,
y ha estao yena de mi sangre;

¿cómo yena? hasta empapáa:
y de la fiesta en la saña
viéndola salir desía...
«sal, sal, probe sangre mía,
de mi madre y de mi España,
sal, y la mar colorea,
déjame la vena rota,
dále hasta la última gota
é ese pabellón que ondea.
¿Qué era yo? ¡Un probe grumete!
¡náa, una espumiya ar lao
de Méndez Núñez er templao
y el mi amo Topete,
de Barcaistegui y Malcampo,
y de tóos los demá,
que los deben coroná
con floreciyas del campo!
y no me digasté má
que me vasté á hacé llorá,
ni me dé usté más enojo,
que voy en una empopá
y lo paso asté por ojo
sin poderlo remediá.

BARON. ¡Orgullo marino!!...

CURRO. ¿Sí?

BARON. ¡Ah! sois de orígen divino.

CURRO. ¿Sabe usté lo que é un marino?

BARON. ¿Yo?

CURRO. Se lo voy á desí:
pos un marino, señó,
es un hombre como usté;
me diquivoco, es mejó.
Con padre y madre y amó,
y esclavo de su debé.
Gaviota que deja er nío,
tiende sus alas ar má,
crusa el espacio bravío
temblando de pena y frío,
engüerta en la tempestá.
Escura la mar se ve,
su casa se va perdiendo
porque va á un laigo corré;

er día va oscureciendo:
¿quien la lú gorverá á vé?
El barco se hundió entre er velo
de la negra oscuriá;
va ayí un hombre sin consuelo
entre los mares y er cielo:
¿ese hombre gorverá?
¿Gorverá ese hombre á ve
á su madre y su mujé,
y á sus queridos hijitos,
que están como pajaritos
besos asperando de él?
¡Salió! ¿Ónde llegará?
¿Adónde tomará tierra?
¿en lo jondo de la má,
arrojao por la guerra
ó por una tempestá?
¿Pero qué hablo, señó?
Creo que le dasté miedo
de lo que digo; es mejó
está en las Puertas del Só
ó en los Campos Elisedo
ar laito de una dama
que tenga en la córte fama,
que eche con los ojos lú,
que en cambio de una camama,
le regale asté una crú.
(El Barón se mira la suya con admiración, y mostrándolo á Curro.)
Veo la de usté, señó mío,
enterado estoy de eso,
es verde.... estasté perdío;
ya sé la hubiasté comío
si le arcansára er pescueso.

BARON. (Preocupado.)
No te entiendo, botarate.

CURRO. ¡Hablamos los audaluces
muy mal! mas liando er petate,
le diré asté de que hay cruces
de sangre y de chocolate.
Esta es de sangre y trabajo,
cabaiyero, la de usté

de chocolate y tasajo
que se toma en el café
con media tostá de abajo.

BARON. Con más insultos no puedo:
te escarmentaré, villano.

CURRO. Cáyese usté, no se entere
de lo que pasa mi amo.

BARON. Tanto mejor.

CURRO. ¿Sí? ¿Mejó?
Pues largue usté toito er trapo;
arme usté una levantera
como aquella que hace años
una piedra de molino
sacó de un pozo bufando.
Venga viento, venga tela...

ESCENA X.

DICHOS y EDUARDO.

EDUAR. ¿Qué te sucede, muchacho?

CURRO. (Quitándose la gorra.)
Náa, que hay un barco pirata
que me está cañoneando,
y á mí no me cañonea
ni er que pisó el rey de bastos.

EDUAR. Silencio.

CURRO. Pero señó...

EDUAR. Silencio digo.

CURRO. Mi amo...

EDUAR. Basta. Siento, caballero...

BARON. ¿Verme tan mal empleado?

EDUAR. No entiendo.

BARON. Porque disputo
con un marinero záfio.

EDUAR. No era eso lo que decía,
¡oh! no, caballero .. y alto.
Si usted cruzó su palabra
con la de este muchacho
que en la guerra del Pacífico
estuvo siempre á mi lado
dando su sangre á la pátria,

no desmereció su rango
de usted, no, que es un valiente.

CURRO. Bendito sean tus labios,
tu cuerpo y sus arrabales,
y el Dios que te hizo, mi amo,
y el padre que te parió,
y la madre que te ha dao
los huesos á donde yevas
el uniforme colgando.
(Pasándole la mano por la manga de la lovita con entusiasmo contenido y respeto.)

EDUAR. Quita.
(Apartándolo con severidad fingida y tropezando su mano con la de Curro, que este aprieta y besa. Luego se limpia las lágrimas con la manga de la camisota.)

Puesto, caballero,
que desea usté el escándalo
queriendo imponer... ¡locura!
con la fuerza de un mandato
la voluntad de una dama
que derechos no le ha dado,
sepa usted que no permito
tan imbécil desacato;
y á la fuerza con la fuerza
responderé. Vamos claros;
¿á la suerte de las armas
remite el soñado agravio?
Sea; elíjalas usted
y hora y sitio.

CURRO. (Momento de silencio.) Sá cayao,
más que er Cayao de Lima;
la jindama lo ha anegao.

EDUAR. Nos entendemos: mediante
que encontrará usted al paso
padrinos, me lisonjeo
que también podré encontrarlos.

CURRO. Le va á rompé la vitácora.

ESCENA XI.

DICHOS y CONSUELO, que habrá oído el diálogo tras el portier. Juana mira á Consuelo.

CONS. Señores... (Con fingida tranquilidad.)
EDUAR. (¡Consuelo! ¡Diablos!)
(Al Barón en voz baja.)
CONS. ¿Leemos? (Con aire de carinosa reprensión.)
EDUAR. ¡Señora!
(Mostrándole con gran intención los galones de la gorra. Movimiento de convicción y resignación en Consuelo.)
CONS. Sí... entiendo.
EDUAR. (Saludando cortesmente á Consuelo y diciéndole al Barón.)
Soy de usted, Barón.
BARON. Bien
EDUAR. Vamos. (Vase.)
BARON. Consuelo, siento en el alma
este incidente, y el caso
que lo promueve, quisiera,
mi buena amiga, explicárselo.
CONS. ¿Aún está usté aquí? (Con gravedad.)
BARON. (Con humildad.) Señora...
CONS. Que lo esperan. (Vase el Barón rehacio.)
CURRO. Lo ha majao,
lo ha hecho filastica.

ESCENA XII.

CONSUELO, CURRO y JUANA.

CONS. (Dejándose caer en el fofá enjugándose las lágrimas.)
¡Cielos!
(Á Juana.) Tráeme agua.
CURRO. (Yéndose á Consuelo con respoto y riéndose.)
¡Ay, qué raro!
¿Señora, qué se cree usté
que es su novio? ¿qué es mi amo?

un titilimundi; vaya
que está compuestito er barco.
(Juana le trae el agua, que bebe con trabajo Consuelo.)
Ánimo, valor y mieo,
como desía er sordao;
no hay que apurarse, señora;
llega mi amo al costao
de ese pontón jecho yesca,
trae armao er safarrancho,
le larga quina, le corta
de su pabellón er cabo;
lo coge, le da gayeta,
dos copas de amontiyao;
cuatro paliyos de dientes,
un puntapié y cinco cuartos.
Y el amo aluego después
vira en redondo, echa er trapo
con alas y arrastraeras:
viene por la mar inflao,
como una pavita, ¡ole!
¡puf! ¡qué espuma viene echando!

CONS. Qué humor tiene usté y qué calma.

CURRO. (Quitándose la gorra y acercándose.)
¿Por qué, señora, he fartao?

CONS. No sé, mas si hubiera sido
yo usted...

CURRO. Te comprendo, pato:
lo hubiera seguío, ¿no?
mu bien, ya estoy embarcao. (Vase.)

ESCENA XIII.

CONSUELO y JUANA. Consuelo en el sofá, llorando.)

JUANA. No se apure usted, señora...
no llore usted. Vamos, vamos,
sosiéguese, qué quizas
ha de volver sano y salvo.

CONS. ¿Díme, crees tú que el Barón
tendrá alma?

JUANA. Sí, de cántaro.

CONS. No digas eso.
JUANA. ¡Señora!
¿quiere usté poné ese emplasto
dao de crema y colorete
con el señorito Eduardo?
¡qué moreno tan gracioso
es! ¿no es verdad? ¡qué salado,
y aluego... qué liberal!
¿Pos y Coral, qué pedaso
es de gatera?... qué ojos
tiene tan desvergonzados;
qué boca tan jitanilla;
¡ay, señorita! ¿y las manos?
¡qué atrevidas!
CONS. ¡Oh, muchacha!
te extralimitas.
JUANA. ¿Me callo?
CONS. Habla, pero de otra cosa.
JUANA. Está muy bien: pues variando
de conversación, diré
que al señorito Eduardo
lo debe usté de querer
con el alma, que es muy guapo.
CONS. Tienes razón: decidida
estoy á darle mi mano.
JUANA. Y yo, como dijo un rey
no sé si de copa ó bastos.
CONS. ¿Qué rey, chica?
JUANA. Er que rabió.
CONS. Pero esos campanillazos...
¡oh, Dios mío, será!... Corre...
(Á Juana que corre á abrir.)
¡ay! á mí me va á dar algo...
ya abrieron... ¡qué será, cielos!
Sí; ya se acercan los pasos...
¡Ah! ¿qué sucede?
JUANA. No sé.
(Mirando á Curro y dudosa)
no ve usted, viene jadeando...

ESCENA XIV.

CURRO, CONSUELO, JUANA y después EDUARDO.

CONS. • Explíquese usted.
CURRO. (Jadeante.) ¿Quizá
es aguno una escopeta,
un pájaro, una trompeta?
déjeme usté descansá.
CONS. ¿Qué es de tu amo? dilo aprisa,
que sobre mi alma caen
fieros duelos.
CURRO. Ahí lo traen
muerto...
CONS. (Amparándose de Juana.)
¡Dios mío!...
CURRO. (Riendo á carcajadas. Transición violenta.)
De risa.
CONS. ¡Ah! (La misma transición, aunque dudosa.)
JUANA. (Entre confundida y sonriente.)
¡Qué hombre!
CURRO. Escúcheme á mí.
Mi amo abajo esperó
á ese hombre que le dió
cita, pá er ferro-carrí.
¿Qué hace mi amo? á un amigo
le dice la noveá,
lo aceuta, va de testigo,
y pone el rumbo hacia yá.
Á la estación arribaron:
«¿Hay aquí un Barón?» dijeron,
pero no les contestaron;
las mujeres se alegraron
y los hombres se rieron.
Sonó la campana y hora
y cá cual cogió sus líos
á tropesones, señora,
y ar fin la licomitora
se fué pegando sirbíos.
Pos güeno, mi amo cargao,
fué y le preguntó á una taifa

que andaba allí por un lao
po er Borón de la Azofuita,
y le dijeron «sa marchao.»
Mi amo entonce hecho un anafe
dijo ardiendo. ¿Cabayero,
á dónde ha día? á Getafe,
á cuidá de un gayinero.
Entónces su amigo fué
y me lo cogió po un asa,
es desí, po un braso, pué.
Como semos alcarrasa...
y pa aquí... mírelo usté.

CONS. Eduardo...
(Cogiéndole las manos llena de efusión.)
¡Desvarío!

EDUAR. ¡Á qué me aprietas las manos
si el corazón tienes fríol

CONS. Rómpamse ya los arcanos:
yo soy tuya... ¿serás mío?

CURRO. (Con movimiento de calofrío que comunica á Juana, ambos se contemplan como dos bobos.)
¿Díme, querida Juanita,
te da la muerte chiquita?

JUANA. Yo no sé lo que me da;
¿y á tí?

CURRO. ¿Á mí? Y á tí pos pita,
vamos á ver la verdá.
(Cogiéndola por la mano y presentándola á los señores, ambos con los ojos al suelo.)
Señora, mi comendante,
como usté, ha puesto la quiya
á ese navío gigante;
¿podré yo á esta barquiya
darle sebo?

CONS. ¡Ah!

EDUAR. Adelante.
¿Bien, corriente, bueno, y qué?
Ven acá.

CURRO. (Con humildad.) ¿Qué manda usía?
(Eduardo y Consuelo se han entendido respecto á Juana y Curro.)

CONS. (Al oído de Juana.)

Juanita.

JUANA. ¡Señora!

CURRO. Escucha.

(Juana y Curro oyen con impaciente alegría lo que sus amos les dicen, abrazándose fuera de sí uno al otro.)

CURRO. ¿Olé, viva mi cachucha?

JUANA. ¡Olé, viva Andalucía!

EDUAR. Sed honrados.

CURRO. Como usté.
Lo seremos, sí, señó;
¿no es verdá, Juana?

JUANA. Sí, á fé.

CURRO. ¡Y si no lo fueres!...

JUANA. ¿Qué?

CURRO. Nada, que soy español,
y sabe er grito de guerra,
¿qué dirá al vé mi deshonra?
el que á los malos aterra.

JUANA. ¿Cuál?

CURRO. Viva España con honra.
El de los MARINOS EN TIERRA.

FIN.

3 0112 115878859

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.